

HACIA EL TERCER MILENIO

EL CLIMA POSMODERNO Y LA RECUPERACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA DEL HOMBRE (OBSERVACIONES TOMISTAS)

1. EL CLIMA CULTURAL Y EDUCATIVO POSMODERNO

a) *La segunda revolución individualista*

1. Lo que en otros tiempos fue algo aceptado, como el hecho de que las cosas o entes poseían una cierta naturaleza o consistencia propia aún dentro de su dinamismo de desarrollo, parece hoy tender a ser puesto en duda. Las cosas, los sucesos, los actos de las personas parecen perder sus límites y en su lugar toma posesión, en las personas acosadas por los mensajes masivos, una cultura de la duda o de la indiferencia o del desconcierto valorativo.

Muchos son los autores que han tratado de exponer el clima cultura y educativo de la así llamada era posmoderna. Han sido temas inusuales, hasta hoy, en la temática filosófica.

La tesis de lectura que sostiene Lipovetsky¹, por ejemplo, es que «vivimos una segunda revolución individualista»². La *modernidad* ya ha sido una revolución que significó un descentrarse del cosmos y de Dios, para centrarse en el individuo. La *posmodernidad* es la segunda revolución en ese mismo sentido, que a partir de la mitad de nuestro siglo, conlleva una *mutación sociológica global* que aún está en curso.

¹ Tenemos presente en particular G. LIPOVETSKY, *L'ère du vide: Essais sur l'individualisme contemporain* (Paris: Gallimard, 1983), trad. españ.: *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (Barcelona: Anagrama, 1994); ID., *El imperio de lo efímero* (Barcelona: Anagrama, 1990), e ID., *Le crépuscule du devoir: L'éthique indolore des nouveaux temps démocratiques* (Paris: Gallimard, 1992), trad. españ.: *El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos* (Barcelona: Anagrama, 1994).

² G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 5. Cfr. J.-F. LYOTARD, *La posmodernidad (explicada a los niños)* (Barcelona: Gedisa, 1992), p. 97.

2. Este individualismo cultural e individual creciente es llamado por Lipovetsky «personalización» y posee dos aspectos:

«Negativamente, el proceso de personalización remite a la fractura de la socialización disciplinaria; positivamente, corresponde a la elaboración de una sociedad flexible basada en la información y en la estimulación de las necesidades, el sexo y la asunción de los “factores humanos”, en el culto a lo natural, a la cordialidad y al sentido del humor»³.

Se va dando consenso a *una nueva forma mayoritaria de comportarse*, signada no ya por la tiranía de los detalles, sino por un mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas posibles, con el mínimo de austeridad, con un máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión ante las conductas personales.

3. El individuo sigue relacionado con la sociedad; no puede ser persona sino en relación a ella; pero cambia el sentido de esta relación: *se ha roto la uniformidad en las conductas, valores y culturas. Se psicologizan* las modalidades de la socialización.

Como los hombres y la sociedad son psicológicamente aquello que desean (esto es, sus proyectos, sus fines), todo cambio implica primera o contemporáneamente un cambio en el aprecio de los valores. Gilles percibe, en este sentido, una acentuación por los valores hedonistas (legitimación del placer), un respeto creciente por las diferencias, una psicologización de la autonomía, un culto a la liberación personal, al relajamiento, al humor y a la sinceridad, al psicologismo, a la expresión libre. La autonomía ya no se rige por la voluntad general, por las convenciones sociales, por las reglas fijas, por la abnegación exigida por un partido revolucionario. Se trata ante todo de vivir libremente sin represiones, escogiendo cada uno el modo de su existencia: buscar la individualidad, la identidad en la diferencia, la particularidad, no la universalidad y la norma social.

b) *La educación posmoderna*

4. Desde el *punto de vista educativo*, se abandona la educación moderna entendida como autoritaria y mecánica, disciplinadora a través de la ciencia y las exigencias sociales, y se tiende a un régimen homeopático (de imitación por contagio suave) y cibernético (de tecnología usada sin esfuerzo por entenderla). El proceso educativo si existe debe ser un suave juego, pues nadie cree en prepararse para el futuro (como en la propuesta moderna aún vigente en la retórica de los políticos):

«La gente quiere vivir en seguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo»⁴.

³ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 6.

⁴ *Ibid.*, p. 9. Cfr. G. OBIOLS, *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria* (Buenos Aires: Kapelus, 1993), p. 24.

Lo nuevo se ha hecho monótono y exige desencantarlo en la apatía. La sociedad posmoderna, sin ídolo ni tabú, vive sólo de la imagen gloriosa de sí misma, sin proyecto histórico:

«Estamos regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis»⁵.

No se trata de un vacío por carencia, sino por abundancia. Seguimos en la sociedad del consumo, pero sin fascinación: se consume ocio, técnicas relacionales y de personalización individual, sin nada imperativo ni imperecedero, ni pleno de sentido. Todo puede cohabitar sin contradicción con todo y sin postergación, con flexibilidad ante las antinomias:

«Narcisismo, consecuencia y manifestación miniaturizada del proceso de personalización, símbolo del paso del individualismo "limitado" al individualismo "total", símbolo de la segunda revolución individualista»⁶.

La *educación para el consumo* ya no exige formarse en el dominio de una *lógica* coherente, sino plurivalente y flexible. El hombre posmoderno no está exigido por una *lógica* en los contenidos elegidos (que permanecen sometidos a fluctuaciones constantes); sino por el imperativo seductor de informarse, de decidir, de prever, de reciclarse, de someter la propia vida a la regla de mantenimiento. Esta *lógica desmotiva para la cosa pública* y, por otra parte, *desestabiliza la personalidad*, asentándola en el flujo abrumador, anónimo e inestable de la información, ámbito donde abundan los medios y no aparecen claramente los fines. La *cohabitación en el cóctel de los contrarios*, ampliamente ofrecidos en público, ante la indiferencia social, caracteriza a la posmodernidad:

«Si el consumo y el hedonismo han permitido resolver la radicalidad de los conflictos de clases, ha sido al precio de una generalización de la crisis subjetiva. La *contradicción* en nuestras sociedades no procede únicamente de la distancia entre cultura y economía; procede también del propio proceso de personalización, de un proceso sistemático de atomización e individualización narcisista: cuanto más la sociedad se humaniza, más se extiende el sentimiento de anonimato; a mayor indulgencia y tolerancia, mayor es también la falta de confianza personal; cuanto más años se viven, mayor es el miedo a envejecer; cuanto más se trabaja menos se quiere trabajar; cuanto mayor es la libertad de costumbres, mayor es el sentimiento de vacío; cuanto más se institucionalizan la comunicación y el diálogo, más solos se sienten los individuos; cuanto mayor es el bienestar, mayor es la depresión»⁷.

⁵ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 10.

⁶ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 12. Cfr. P. P. OTTONELLO, *Struttura e forme del nichilismo europeo: I saggi Introduttivi* (L'Aquila: Japadre, 1987); y W. R. DARÓS, «Naturaleza humana en la filosofía de M. F. Sciacca y la concepción *light* de G. Vattimo»: *Analogía* (1996) 213-258.

⁷ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, pp. 127-128.

5. Los individuos están cada vez más atentos a ellos mismos, pero débiles, lábiles y sin convicción. El narcisismo posmoderno no reside en una independencia soberana asocial; sino en *ramificaciones y conexiones en colectivos con intereses miniaturizados*, hiperespecializados: agrupaciones de viudos, de padres de hijos homosexuales, de alcohólicos, de madres lesbianas. El narcisismo no es sólo autoabsorción hedonista: es también *reagrupación con seres idénticos*, solucionando los problemas íntimos por contacto con lo vivido, en la facilidad de la expresión y comunicación con los demás. Pero nadie, excepto el emisor y creador del mensaje, está en el fondo interesado por esa profusión de expresión:

«Eso es precisamente el narcisismo, la expresión gratuita, la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, la indiferencia por los contenidos, la reabsorción lúdica del sentido, la comunicación sin objetivo ni público, en emisor convertido en el principal receptor»⁸.

La cultura posmoderna es el cultivo de los *feelings*, de lo que uno siente: lo que cada uno *siente* es lo que *vale*, en tanto y en cuanto lo siente. La cultura pública no es más que su expresión. El conocimiento en cuanto es objetividad, da pie a la normatividad; pero *el sentir* no llega al conocimiento objetivo: es sólo la modificación del sujeto. En lugar de objetividad hay co-sentir, sentir (según débilmente se cree) lo mismo. Se trata, además, de un sentir en movimiento: por ello, se sigue con flexibilidad el ritmo. La *seducción*, convertida en el clima generalizado, elimina las reglas disciplinarias del pensar, del hacer, del ser, del sentir. Esta imitación libre se hace sinónimo débil de *personalización débil*, entendida como «un sentir más», considerado valioso en sí mismo, o esa, de narcisismo individual con la visa del narcisismo colectivo⁹. Vivir se convierte en *sentir y ser visto*, y ello en el *valor supremo* del individuo y de la comunicación. Como es sabido, el filósofo italiano Gianni Vattimo está tratando de justificar filosóficamente esta situación¹⁰.

c) Vacío institucional

6. El vacío no es sólo individual; es además *institucional*. El *poder político*, en alguno de sus representantes, sigue musitando sus grandes relatos ideológicos pero resultan vacíos para la población joven que es mayoría. Para seducir, debe entonces humanizarse psicologizándose, manifestando cordialidad, confidencias íntimas,

⁸ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 15. Cfr. A. FINKIELKRAUT, *La derrota del pensamiento* (Barcelona: Anagrama, 1990), p. 121; W. R. DARÓS, *Fundamentos antropológico-sociales de la educación* (Villa General San Martín: UAP, 1994), pp. 190-199; ID., *La autonomía y los fines de la educación* (Rosario: CERIDER, 1997). E. GERVILLA, *Posmodernidad y educación: Valores y cultura de los jóvenes* (Madrid: Dykinson, 1993).

⁹ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 22. Cfr. J. BAUDRILLARD, *Cultura y simulacro* (Barcelona: Kairós, 1987).

¹⁰ Cfr. W. R. DARÓS, «El saber y el aprender posmoderno» en *Concordia: Internationale Zeitschrift für Philosophie* 31 (1997) 79-96; e ID., *La filosofía posmoderna: ¿Buscar sentido hoy?* (Rosario, CONICET-CERIDER, 1999).

proximidad, autenticidad, manipulación del electorado por el espectáculo de las ilusiones, descentralizando y dando lugar a lo regional, generando una democracia del contacto exhibido en los grandes medios de información. Descompromiso del Estado y privatización, sentimiento y tolerancia, autogestión cuadran bien con el sentir de la cultura posmoderna. La seducción suplanta la revolución. La ideología se hace *light* convirtiéndose en conciencia epistemológica¹¹.

«¿Quién cree aún en el *trabajo* cuando conocemos las tasas de ausentismo [...]? ¿Quién cree aún en la *familia* cuando los índices de divorcios no paran de aumentar, cuando los viejos son expulsados a los asilos, cuando los padres quieren permanecer “jóvenes” [...]? ¿Quién cree aún en el *ejército* cuando por todos los medios se intenta declararlo inútil, cuando escapar del servicio ya no es un deshonor? Después de la *Iglesia*, que ni tan sólo consigue reclutar a sus oficinantes, es el *sindicalismo* quien pierde igualmente su influencia.

El sistema funciona, las instituciones se reproducen y desarrollan, pero *por inercia, en el vacío, sin adherencia ni sentido*, cada vez más controladas por los “especialistas”, los últimos curas, como decía Nietzsche, los únicos que todavía quieren insertar sentido, valor, allí donde ya no hay otra cosa que un desierto apático»¹².

Ya nadie cree en la historia. Tenemos la sensación de haber llegado al fin¹³. Nada vale y por ello bien puede hablarse de nihilismo, pero de *un nihilismo ni activo ni pasivo, sino indiferente*, incluso ante el sin sentido. Esta es la novedad de la posmodernidad: no hay más angustia ni metafísica ni psicológica; no hay más pesimismo, ni más absurdo. Hay vacío, descompromiso emocional e intelectual:

«Ya es posible vivir sin objetivo ni sentido»¹⁴.

Se ha dado una especie de *saturación en el relativismo*, una *indiferencia por exceso* de presentación de valores que cambian cada seis meses. No hay raíces ni radicalismo. El *hombre* ya no es un decadente pesimista (como lo pensó Nietzsche) ni un trabajador oprimido (como lo preveía Marx); sino un telespectador pasando por curiosidad uno tras otro los programas de la noche, sin interesarle ninguno y yendo a dormir por aburrimiento. Pero esta apatía no es vista como una crisis o un defecto de socialización; sino como una nueva socialización flexible y económica:

«Fundado en la combinación incesante de posibilidades inéditas, el capitalismo encuentra

¹¹ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 29. Cfr. M. GALANATE, «La posmodernidad y los relatos», en E. DÍAZ & ALLI, *¿Posmodernidad?* (Buenos Aires: Biblos, 1988), pp. 45-52.

¹² G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, pp. 35-36.

¹³ Cfr. J.-F. Lyotard, *La condición postmoderna* (Buenos Aires, REI, 1987), p. 63; F. FUKUYAMA, *El fin de la historia y el último hombre* (Buenos Aires: Planeta, 1992), p. 187; y G. OBIOLS, *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*, p. 29.

¹⁴ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 38. Cfr. E. Rojas, *El hombre light: Una vida sin valores* (Buenos Aires: Temas de Hoy, 1992), pp. 13-25 y 43.

en la indiferencia una condición ideal para su experimentación, que puede cumplirse así con un mínimo de resistencia [...] La indiferencia es metapolítica y metaeconómica»¹⁵.

7. En este clima cultural de *indiferencia*, cuando más explican los políticos más se ríe la gente; cuanto más gritan los pocos dirigentes gremiales menos participan los trabajadores; cuanto más se esfuerzan los profesores para que sus alumno lean, menos leen éstos, por indiferencia, saturación, información y aislamiento afectivo. El alumno indiferente por saturación de información masiva, no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y puede cambiar rápidamente de opinión. El conflicto, fundamental para aprender, ha dejado paso a la apatía.

El *proceso educativo oficial* tiene una tendencia global a reducir «las relaciones autoritarias y dirigistas» y, simultáneamente, a acrecentar las opciones privadas, a privilegiar la diversidad, a ofrecer fórmulas de programas independientes. El proceso educativo pretende ser, en la posmodernidad, autónomo, sin renunciar empero a una *propuesta por seducción*, multiplicando los intereses y diversificando las ofertas, para que cada uno cree, a la carta, su propia educación. Alejada la censura, aparece el deseo de verlo todo, hacerlo (al menos imaginativamente) todo, decirlo todo. Al psicologizarse el modo de vida, la *sinceridad*, la *autenticidad*, el *humor irónico* se convierten en las virtudes cardinales y han tomado el puesto de la *verdad*.

En el contexto de una sociedad plural, se tiene en cuenta los deseos de los individuos que ella misma produce y ofrece, jugando sibilamente a la diferencia, al bienestar, a la libertad, al interés propio. La enseñanza se orienta en este sentido: trabajo independiente, construcción individual o (a elección) grupal de los conocimientos, sistemas opcionales, programas diferenciales, diálogo con el teclado, autoevaluación, manipulación personal de la información, aceleración de la individualización de los seres, toma de conciencia con humor¹⁶.

El discurso de maestro se ha desacralizado, banalizado, situado en el mismo plano que el de los *mass media*. La escuela se ha convertido en un lugar mezcla de atención dispersa y de escepticismo, el cual, no obstante, se manifiesta lleno de desenvoltura y desenfado ante el saber científico y cultural.

Como los jóvenes vegetan en las escuelas, hay que cambiar a cualquier precio. Se propone, pues, más liberalismo, más participación, más investigación pedagógica e interdisciplina, más globalización; y, sin embargo, se produce más deserción escolar y disciplinaria.

9. El *proceso educativo queda en manos del individuo* Él debe administrar su vida. Él debe controlar su proceso de vivir; no por presiones autoritarias, sino según su propia seducción. La modernidad había inventado la ideología del individuo libre, autónomo; había instaurado una economía libre fundada en el empresario inde-

¹⁵ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 43.

¹⁶ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, pp. 20-21 y 144. Cfr. J.-F. LYOTARD, *La condición postmoderna*, p. 99; y A. PÉREZ GÓMEZ, «La cultura escolar en la sociedad posmoderna»: *Cuadernos de Pedagogía* (1994) 80-85.

pendiente y en el mercado de la libre oferta y demanda, al igual que los regímenes democráticos. Todo esto llega ahora, en la posmodernidad, a la intimidad del individuo psicologizándolo todo. En este contexto, el esfuerzo solo tiene sentido como deporte cuando el individuo se autoconstruye a la carta¹⁷.

La persona, psicologizada, se reduce al *cuerpo* y a su imagen, esto es, a lo que siente y ve de sí. En consecuencia, el proceso educativo (que siempre ha sido lograr el control sobre sí, dominio, disciplina armónica de la mente, de la voluntad, del yo) se convierte en un logro del dominio del cuerpo y conservación de la imagen:

«De este modo, se produce un sujeto, ya no por disciplina, sino por personalización del cuerpo bajo la égida del sexo. Su cuerpo es usted; existe para cuidarlo, amarlo exhibirlo, nada que ver con la máquina. La seducción amplía el ser-sujeto dando una dignidad y una integridad al cuerpo antes ocultado: nudismo, senos desnudos son los síntomas espectaculares de esa mutación por la que el cuerpo se convierte en *persona* a respetar, a minar al sol»¹⁸.

De este modo, la posmodernidad, reduciendo la persona al cuerpo, culmina el proceso iniciado por el *sensismo* que reducía el conocer al sentir. Educarse es pues educar al propio cuerpo: es sentir y dejarse sentir, es reciclarlo quirúrgica, deportiva y dietéticamente, en función de la autosedución. El cuerpo psicológico ha sustituido al cuerpo objetivo. El propio cuerpo se convierte en el sujeto¹⁹. En consecuencia, en la educación formal se ha priorizado lo psicológico y lo estético (como diversión) sobre la lógico, el pasatiempo interesante sobre el trabajo real.

d) *La relación con los demás*

10. Después de la deserción social de los valores e instituciones, la *relación con el otro* es la que sucumbe, según la misma lógica, al proceso de desencanto. Saturado de información, el sistema produce el deseo de aislamiento, de modo que los sujetos terminan pidiendo que lo dejen solos. Ese deseo resulta casi imposible de lograr, y una vez logrado, resulta intolerable para el sujeto, porque no hay interioridad, nada propio que lograr:

«Cada uno exige estar solo, cada vez más solo, (rodeado de sus muchos medios de información) y simultáneamente no se soporta a sí mismo»²⁰.

¹⁷ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos* (Barcelona: Anagrama, 1994), p. 113.

¹⁸ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 30. Cfr. ID., *El crepúsculo del deber*, pp. 92-93; W. R. DARÓS, *La autonomía y los fines de la educación*, cit.

¹⁹ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 62. Cfr. G. SUÁREZ, «La postmodernidad y sus desafíos a la conciencia y vida cristiana»: *Cias* n. 423 (1993) 227.

²⁰ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 48. Cfr. F. FUKUYAMA, F. *El fin de la historia y el último hombre*, p. 412.

Emerge entonces una *apatía frívola*, a pesar de las realidades catastróficas ampliamente exhibidas y comentadas por los medios de comunicación, sin engendrar un sentimiento trágico ni profundo, por la rapidez de los acontecimientos.

11. Los sujetos están *frívolamente autoabsorvidos*, lo que permite un abandono de la esfera pública y de los valores profundamente compartidos. Esto que era propio de los niños, se extiende hoy a los adultos. El narcisismo, en un perfecto círculo, adapta sin traumas, el yo al mundo en el que nace y así se educa por contagio suave, autoseducido:

«El *amaestramiento social* ya no se realiza por imposición disciplinaria ni tan sólo por sublimación; se efectúa por *autosedución*. El narcisismo, nueva tecnología de control flexible y autogestionado, socializa desocializando, pone los individuos de acuerdo con un sistema social pulverizado, mientras glorifica el reino de la expansión del Ego puro»²¹.

Paradojalmente se trata de un *yo débil*, desmenuzado, vaciado de su identidad a fuerza de caudales de informaciones, carente de sistemas psíquicos organizados y sintéticos, «en las antípodas de la conciencia voluntaria e intra-determinada». Por exceso de referencias, no trabajadas desde el yo, sino soportadas como un caudal que le viene diariamente encima, el yo se ha convertido en un «conjunto impreciso», desubstancializado.

En este contexto, el esfuerzo no está de moda, la disciplina se desvaloriza en función del deseo, favoreciendo la debilidad de la voluntad y la anarquía de los impulsos, juntamente con «la pérdida de un centro de gravedad que lo jerarquiza todo»²².

12. Se trata de un *narcisismo light*, no empeñado con grandes principios para defenderlo; sino basado en la ausencia de resistencia a los estereotipos, capaz de asimilar los modelos de comportamientos en constante experimentación y cambio. El yo, convertido en un espacio flotante, sin referencias nítidas, es una disponibilidad pura adaptable a la fluidez de los sistemas de oferta que ortopedizan la salud física y mental. En este clima, *se disuelven las identidades y los papeles sociales* (año definidos) del estatuto del hombre, de la mujer, del niño, del loco, del civilizado, entrándose en un período de indefinición e incertidumbre, de igualdad por indefinición, ante un yo desubstancializado y sin referencias naturales o sociales objetivas. Por lo mismo, se desmantelan los antagonismos rígidos, las militancias religiosas, las contradicciones. El *laxismo* (o moral sin normas y castigos) sustituye a la moral tradicional; la *indiferencia* suplanta a la tolerancia. Se desvaloriza el carácter objetivo de la acción (la cual valía antes por sus efectos objetivos) y ésta vale ahora solo por la intención. En consecuencia, la *moral* deja de ser una ciencia

²¹ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 55.

²² G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, pp. 56-57. Cfr. E. ROJAS, *La conquista de la voluntad* (Buenos Aires: Planeta, 1994), p. 53; y J. IBÁÑEZ MARTÍN, «Formación humanística y filosofía»: *Revista Española de Pedagogía* (1994) 231-246.

con principios objetivos para convertirse en un conjunto de acciones psicológicas²³. El otro no es ni bueno ni malo: es diferente e indiferente. El otro no queda excluido, sino transcrito en el código de la subjetividad.

No obstante, cuanto más el sujeto se halla libre de las sujeciones tradicionales, más es rara la posibilidad de encontrar una *relación de vida intensa y duradera*: es raro el amor a alguien que sirva de eje para la propia organización psicológica objetiva. Sucede que el individualismo produce simultáneamente *dos efectos*: en él raramente uno se sacrifica por el otro, pero todos muestran una compasión general y difusa por la humanidad, por el dolor²⁴.

La *personalización, entendida como psicologización del individuo*, mientras aspira a aumentar la responsabilidad del individuo para con él mismo, favorece de hecho con la labilidad y emotividad, comportamientos aberrantes (vandalismo, pérdida de sentido y de valor), inestables, indiferentes al principio de realidad, abandono de las grandes finalidades sociales, que hacen imposible toda ética social solidaria (basada en un bien común) y dejan intactos los problemas del subdesarrollo, la miseria, el abandono de menores y ancianos²⁵.

13. La *ética posmoderna* no es ni la moderna (centrada en los deberes del hombre y del ciudadano, y en las virtudes burguesas como el ahorro y la austeridad) ni la religiosa, ni una ética heroica. *La posmodernidad es narcisista y también lo es en ética*: sus valores (el bien) se halla en la felicidad intimista y autónoma.

La moral posmoderna aparece como un derecho, no como un deber. Esta moral «ya no exige consagrarse a un fin superior a uno mismo»²⁶. El hombre y la sociedad se gobiernan por derechos subjetivos; pero no por ello todo está permitido. Dentro del caos individual y hedonista se genera, sin autoritarismo, un orden flexible que rechaza los excesos. En la sociedad posmoderna, coexisten dos tendencias antinómicas que se controlan mutuamente: a) Una que excita al placer inmediato y consumista (de sexo o de entretenimiento, culto del presente) y otra, b) que gestiona el tiempo y el cuerpo, buscando la excelencia y calidad de la salud y la higiene.

En el *ámbito educativo*, lo que interesa es la construcción flexible de cada uno y de sus propios conocimientos y valoraciones para su felicidad; sobre todo para el valor de la tolerancia y la exhibición del propio cuerpo que es su persona. No se educa para la verdad, sino para la felicidad propia:

«Ya no se educa a los niños para que honren a sus padres, sino para que sean felices, para que se conviertan en individuos autónomos, dueños de su vida y de sus afectos»²⁷.

²³ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 67. Cfr. ID., *El crepúsculo del deber*, p. 97.

²⁴ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, p. 197.

²⁵ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, p. 17. Cfr. M. REIGADAS, «Neomodernidad y posmodernidad: Preguntando desde América Latina», en E. DÍAZ & allí, *¿Posmodernidad?*, p. 113.

²⁶ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, p. 48. Cfr. C. CULLEN, «Ética y posmodernidad», en E. DÍAZ & allí, *¿Posmodernidad?*, p. 147.

²⁷ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, pp. 164 y 169. Cfr. A. PETRUS, «La educación social en la cultura del bienestar»: *Comunicación, Lenguaje y Educación* (1995) 5-20.

El reconocimiento de las acciones de los padres, no es una imposición tiránica de la moral. Ésta es una moral sin obligaciones, la condición de la verdadera vida, una realización elegida y emotiva, sin renunciar a uno mismo.

14. Se trata, pues, de un *hedonismo dual*, desenfrenado y desresponsabilizador en las minorías, y prudente e integrador en las mayorías²⁸. Quizás lo que une a ambos hedonismos es la intención de buscar la felicidad hedonista *sin dañar a otro*. El dolor provocado, incomprensible y absurdo, es visto como un mal y genera una piedad psicológica.

Narciso es tendencialmente «sensato»: la autoseducción busca excelencia en su imagen, higiene de vida, diversificación de las motivaciones. El derecho a vivir como le plazca a cada cual (sin herir a un tercero) hace tomar distancia de toda norma social o moda en las costumbres:

«Todo puede elegirse sin presión agobiante, ya nada es ridículo; ya no es obligatorio ser liberado [...] No hay nada más que el individuo soberano ocupado en la gestión de su calidad de vida»²⁹.

De allí la reivindicación de derechos, aparentemente sociales, al agua pura, a una atmósfera no polucionada, respeto ecológico a la naturaleza; de allí un posmoralismo bioético.

15. Nos hallamos, pues, ante una moral *light*, irracional, con derechos (como facultad de disponer de sí mismo sin ser impedido por otros), pero sin deberes ante nadie; una moral basada en la *libertad autónoma, sin referencia a una naturaleza humana, a la razón o al ser de las cosas que califica de buena o mala a la libertad*; una moral donde la libertad que genera desorden, pero un *desorden homeostático*, por lo que solo el narcisismo de uno es limitado por el narcisismo del otro, al que piadosamente no se le quiere causar malestar o dolor³⁰. Por ello hay aun, en una *moral negativa*, un lugar para la *prohibición*: todos pueden, por ejemplo, fumar, pero no en cualquier parte. En el mejor de los casos se tiende a *respetar* al otro (incluso a los animales), pero no a vivir para el otro, porque *se ha descalificado el altruismo como principio permanente*, se ha desculpabilizado el individualismo y, en un clima neoliberal, se ha legitimado el derecho a vivir para uno mismo, con una indiferencia hacia el otro, cercana frecuentemente al cinismo³¹.

16. El individualismo no es siempre, sin embargo, sinónimo de egoísmo: se desea ayudar a los otros si es posible realizarlo en forma fácil y distante; pero sin comprometerse demasiado, sin dar demasiado de sí mismo. A veces, la expansión nar-

²⁸ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, pp. 56 y 149.

²⁹ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, pp. 71-72, 218 y 225. Cfr. J.-F. LYOTARD, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, p. 36.

³⁰ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, p. 99. Cfr. R. MALIANDI, *Dejar la posmodernidad: La ética frente al irracionalismo actual* (Buenos Aires: Almagesto, 1993); y R. FOLLARI, «La restauración racionalista o el miedo a la intemperie», en ID., *Posmodernidad, filosofía y crisis política* (Buenos Aires: Rei, 1993), p. 35.

³¹ G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, pp. 131 y 193. Cfr. J. SANABRIA, «Ética y postmodernidad», *Revista de Filosofía* (México) 1994 51-97.

cisista de la propia expresión lleva al deseo de hacer algo con la propia vida y dedicarse a nuevos momentos de solidaridad y de ayuda, como un suplemento existencial.

Dentro de un estilo de vida *light*, posmoderno, *desde la subjetividad* se rescatan, sin embargo, exigencias morales mínimas y comunes:

«Dios ha muerto, pero los criterios del bien y del mal no han sido erradicados del alma individualista; las ideologías globalizadoras han reprimido su crédito, pero no lo han hecho las exigencias morales mínimas indispensables para la vida social y democrática. Los crímenes de sangre, la esclavitud, la crueldad, la violación, las sevicias psicológicas y físicas suscitan más que nunca la indignación colectiva [...] Al público le gusta consumir violencia en los media, pero la condena con extrema severidad en la realidad. Nuestras democracias no están abocadas al nihilismo»³².

Si bien estas exigencias morales mínimas intentan poner una valla de contención a la propia desintegración social (o nihilismo social), no excluyen el desinterés por las fundamentaciones metafísicas y se acercan a un nihilismo filosófico.

2. OBSERVACIONES TOMISTAS PARA LA RECUPERACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA DEL HOMBRE

17. Una primera observación que se puede realizar a la concepción posmoderna del hombre, consiste en indicar que esta visión es plenamente inmanentista y a merced de los cambios —cualesquiera sean— dado que no reconoce una *naturaleza humana* con constitutivos-guía en la conducta del hombre.

Tomás de Aquino, uno de los máximos representantes de la filosofía cristiana, concebía al hombre, por el contrario, como dotado de una naturaleza humana, y veía al mundo como una concatenación ordenada de causas, a partir de la primera causa: Dios creador. Tomás de Aquino, como Aristóteles, no veían al mundo como un caos, a merced de las circunstancias físicas o sociales, sino como un *cosmos*: con un orden hermoso y relativamente constante aun dentro de algunas excepciones:

«Vemos que algunas cosas, las cuales carecen de conocimiento, como por ejemplo, los cuerpos naturales, se comportan de cara a un fin, lo cual se pone de manifiesto por el hecho de que siempre o con mucha frecuencia se comportan de la misma manera, y persiguen lo que es lo mejor; ahí se manifiesta que ellas consiguen el fin no por casualidad, sino desde una intención. Pero aquellas cosas que no poseen ningún conocimiento, no tienden a ningún fin, a no ser que estén dirigidas por otro ser cognoscente e intelectivo, como la flecha por el tirador. Hay, pues, algo inteligente por lo que *toda cosa natural está dirigida al fin*; y a esto llamamos Dios»³³.

³² G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber*, p. 147. Cfr. M. BERGMAN, *El reecantamiento del mundo* (Santiago, Chile: Cuatro Vientos, 1987), pp. 189-263.

³³ *Summ. theol.* 1 q. 2 a. 3c. W. R. DARÓS, «La naturaleza humana y su dinámica»: *Rivista Rosminiana* 3 (1996) 265-300.

La última felicidad que el hombre puede alcanzar en esta vida consiste en la *consideración de las causas hasta llegar a la primera*. De este modo Tomás de Aquino unía el modo de pensar de Aristóteles con el Evangelio: en esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti, Dios verdadero³⁴. Referido al hombre, el cuerpo humano está organizado de modo que el alma es el principio de esa organización y de su movimiento; es la forma constituyente y motora del hombre. El alma, a su vez, es la forma (del compuesto sustancial hombre) informada por el ser participado, iluminada por una participación de la luz divina de la cual depende. El alma, en efecto, subsiste en el ser participado³⁵. El alma intelectiva del hombre posee algo de infinito, por el ser infinito que ella participa y que la ilumina. Las inteligencias están *abiertas a lo infinito*; ese infinito se convierte en la *finalidad a la cual ellas tienden a conocer plenamente*³⁶. Todos los entes están compuestos de *finitud* (la naturaleza y esencia que ellos son) y de *infinito* (el ser que reciben por participación y que los hace existir, sin ser Dios); pero el hombre es el único ente de esta tierra que *conoce la infinitud del ser* del que participa por creación. Por esta apertura, el hombre se comunica con todo lo que tiene ser y es capaz de reconocer a cada cosa por lo que es, lo cual genera en él una vida de justicia.

18. En esta concepción, el hombre, al ser creado por Dios, es dependiente de Él por naturaleza. Dios, al participarle el ser, *le deja una finalidad natural: tender a conocer y amar el ser plenamente*; no sólo su ser propio como sujeto humano, sino el ser infinito que el hombre participa mediante la luz de la inteligencia. El hombre, pues, no puede ponerle una finalidad a su naturaleza: él ya nace con esa naturaleza; y con esa finalidad propuesta, le corresponde al hombre asumirla libremente, si desea realizarse según su naturaleza propia. Podrá, sin embargo, consciente y libremente realizar esa finalidad o no.

En este contexto, Tomás de Aquino distingue: a) ser subsistente (*per se stare sive subsistere*), de b) ser dueño de sí (causa de sus actos). Ser por sí o *subsistir* significa que un ente «no tiene otra causa de ser que él mismo»:

«Por consiguiente, si por *subsistir por sí mismo (stans per seipsum)* se entiende que *no depende de ningún agente superior*, entonces el subsistir por sí mismo sólo pertenece a Dios que es la causa primera de la cual dependen todas las causas segundas. Pero si por subsistir por sí mismo se entiende que lo que subsiste por sí mismo *no es formado por ninguna otra cosa sino por su forma*, entonces el subsistir por sí mismo conviene a todas las sustancias inmateriales»³⁷.

³⁴ *In De causis*, prooem., 1-6.

³⁵ «Intelligentia est quaedam forma subsistens et immaterialis; sed quia ipsa non est suum esse, sed est subsistens in esse participato, comparatur ipsa forma subsistens ad esse participatum sicut potentia ad actum et ut materiam ad formam» (*In De causis*, prop. 9, n. 230).

³⁶ «Intelligentiae [...] sunt infinitae propter acquisitionem suam, idest participationem a Primo quod est infinitum purum, idest essentialiter, a quo habent non solum infinitatem, sed etiam esse [...] Intelligentia est infinitum participative» (*In De causis*, prop. 16, nn. 325 y 328). Cfr. W. R. DARÓS, «La interpretación rosminiana del intelecto agente tomista»: *Pensamiento* (1976) 47-72; ID., «Nota sobre el concepto de "ente" en Tomás de Aquino (Dios: ¿Ser o ente?)»: *Sapientia* (1978) 285-297; ID., «Lo a-priori en la teoría tomista del conocimiento, según J. Maréchal»: *Pensamiento* (1980) 401-423.

³⁷ *In De causis*, prop. 26, n. 413. Cfr. W. R. DARÓS, «El sentido filosófico de la finalidad y su analogía aplicada al proceso educativo»: *Analogía* (1995) 27-70.

Este subsistir por su propia forma inmaterial es lo que hace a cada persona, y la hace distinta. Por *persona* se entiende a la sustancia completa (cuerpo y alma), a la unidad viviente, subsistiendo en una naturaleza intelectual³⁸.

19. Como se advierte, según Tomás de Aquino, ninguna creatura es *autónoma* en sentido de que no dependa del Creador y de que ella misma se dé las leyes constitucionales de su forma de ser. Por el contrario, Dios, al establecer la naturaleza del hombre, abierta y dirigida al ser infinito, *le establece naturalmente la finalidad*, le agrade o no al hombre, realice o no su finalidad libre y conscientemente. Pero la persona humana, por su alma inmaterial, posee una *relativa autonomía de acción*:

«[...] las creaturas racionales se gobiernan por sí mismas. Quien tiene dominio de su acto es libre al obrar. Es libre quien es causa de sí; pero quien tiene necesidad de otro para obrar está sujeto a servidumbre. Solamente la naturaleza intelectual es libre»³⁹.

«El hombre se diferencia de las otras creaturas irracionales en esto: que es señor de sus actos (*suorum actuum dominus*). Solamente se llaman *humanas* las acciones de las que el hombre es señor [...] Propiamente se dicen humanas aquellas acciones que proceden de la deliberada voluntad»⁴⁰.

El hombre obra autónomamente cuando obra eligiendo después de haber conocido lo que va a elegir; pero el acto de elegir depende de un objeto, que es el fin natural del acto de elegir. En este sentido, «todas las acciones humanas se hacen por una finalidad»: si no tuviesen finalidad no serían humanas, como cuando inadvertidamente nos tocamos la barba. La deliberación de la razón es el principio de los actos humanos: lo que hemos pensado y deliberado se coloca como la *finalidad* de un acto típicamente humano⁴¹. Para que exista un acto voluntario, libre, autónomo, se requiere que el principio que mueve a hacer el acto esté, como finalidad propuesta, dentro del acto, «con algún conocimiento de la finalidad». Para realizar un acto libre, *el hombre previamente debe conocer el fin (o los fines)* por el cual lo hace o elige entre dos posibles finalidades. La finalidad es la condición de posibilidad para actuar racionalmente y elegir. El hombre no puede elegir sin una finalidad: no habría motivo para elegir, no habría causa suficiente para moverse racionalmente a elegir o a no elegir, o a elegir esto o aquello. En este sentido, *el hombre al elegir no elige la finalidad que le posibilita elegir*; más una vez conocida la finalidad puede aceptarla como finalidad para su acto y actuar eligiéndola, o bien no actuar y no aceptarla como una finalidad válida para su acto. Somos dueños de nuestros actos, no de la finalidad misma que nos posibilita nuestro acto. En este sentido, como seres racionales, los hombres no son libres de querer o no querer en ge-

³⁸ *De potent.* q. 9 a. 4c. Cfr. *In 1 Sent.* d. 23 q. 1 a. 2 sed contra.

³⁹ *Summa c. Gent.* III 112.

⁴⁰ *Summ. theol.* I-II q. 1 a. 1c. Cfr. q. 6 a. 2 ad 2um. Véase W. R. DARÓS, «Educación y función docente en el pensamiento de Tomás de Aquino»: *Sapientia* (1983) 45-66; e ID., «La persona y el autodomínio moral»: *Franciscanum* (1997) 68- 87.

⁴¹ *Summ. theol.* I-II q. 1 a. 1c. Cfr. q. 6 a. 2 ad 2um.

neral. Por la naturaleza de la inteligencia, abierta a la luz que la ilumina, el hombre quiere y ama conocer, tiende naturalmente al ser que se le participa como a su fin último. El hombre no es señor de su finalidad última⁴²; por ello tampoco nació solamente para estar a merced de las circunstancias, de los mensajes sociales, del impacto de la propaganda. En gran parte, la educación consiste en posibilitar que cada ser humano llegue a ser señor de sus actos, para poder libremente elegir y realizar las posibilidades de su naturaleza hasta ser un hombre virtuoso⁴³.

20. Según Tomás de Aquino, se da un *doble conocimiento de la finalidad* de un acto: de una manera perfecta, cuando no solo se aprehende *la cosa* que es una finalidad para un acto, sino cuando además *se conoce que es una finalidad*, y que el acto se ordena a ella. Por el contrario, una finalidad es conocida imperfectamente cuando solo se conoce algo a lo cual se tiende, como sucede con lo que sienten los animales. El animal, aprehendido el fin, no delibera acerca del fin y de los medios, sino que súbitamente tiende a él, con un apetito irracional. En el hombre, por el contrario, la *voluntad libre* es un apetito racional, *mediado por la razón*, la que le presenta la finalidad del acto como una finalidad explícita, consciente, deliberada⁴⁴. De aquí que los Escolásticos hayan distinguido: a) la finalidad que puede tener la naturaleza de una cosa (*finis operis*: la finalidad de una casa se halla en ser habitable); de b) la finalidad que puede tener el agente, quien hace (*finis operantis*), en este caso, la casa (por ejemplo, ganar dinero, expresar con su realización algo bello, etc.). Los escolásticos distinguieron también: a) el fin *próximo* (al que la acción está inmediatamente ordenada), del b) fin *remoto*; c) fin *último* (no ordenable a otro) de d) el fin *intermedio* (deseable en función del fin último).

21. La mentalidad aristotélica, asumida luego por Tomás de Aquino en una visión teológica y providencialista, era una *mentalidad finalista*. Esta finalidad está escrita en la naturaleza; y, en el caso del hombre, en la naturaleza humana. Esta naturaleza humana, sin embargo, no es determinante del obrar del hombre. La libertad es parte de la naturaleza humana. Por ello el concepto de naturaleza humana no es sinónimo de un destino fatal que suprimiría la responsabilidad frente a lo que uno trae al nacer por naturaleza y a lo que cada uno realiza, ayudada por ella.

La concepción judeo-cristiana, centrada en la idea de un Dios creador, acentuó también la fuerza de esta mentalidad en la cual la naturaleza (en general y en cada uno de sus elementos) tiene finalidades, y las creaturas racionales tienen finalidades conscientemente asumidas. Justamente la educación consiste en asumir la conducción —propia o ajena— de la vida humana para llevarla libre y conscientemente hasta el estado de perfección o virtud moral⁴⁵.

Hoy el hombre posmoderno, al supervalorar lo inmanente e histórico, ha perdido toda guía y ha quedado a merced de los mensajes, de la influencia de la propa-

⁴² «De appetitus ultimi finis non est de his quorum domini sumus» (*Summ. theol.* I q. 82 a. 1 ad 3um).

⁴³ Cfr. A. MILLÁN-PUELLES, *La formación de la personalidad humana* (Madrid: Rialp, 1981).

⁴⁴ *Summ. theol.* I-II q. 6 a. 4c.

⁴⁵ *Summ. theol.* Suppl. q. 41 a. 1c. Cfr. *In IV Sent.* d. 26 q. 1 a. 1c.

ganda social, pero antes ya había perdido el sentido de su ser humano, inscripto en su naturaleza humana. Entonces confundió libertad (ejercicio de la elección) con autonomía (el establecer sus propias leyes sin consideración del ser de las cosas, acontecimientos y personas).

Por el contrario, recuperado el ser de la naturaleza humana, el hombre recupera una guía que da una finalidad y un sentido a la vida; un sentido fundamentalmente altruista, porque el hombre está hecho por el Ser y para el Ser; un sentido comunitario a la vida, pues todos participamos del Ser; un sentido responsable y moral de la vida, pues somos libres en los actos típicamente humanos; un sentido personal, donde la persona no se confunde con la imagen narcisista que se hace de sí, sino con el sujeto racional último de responsable de sus actos, capaz de dar razón de los mismos y de vivir con justicia, reconocimiento el ser de cada cosa, y en este contexto alcanza su finalidad propia⁴⁶.

WILLIAM R. DARÓS

Rosario.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

⁴⁶ *Summ. theol.* I q. 6 a. 3c. Cfr. W. R. DARÓS, «La persona humana en la filosofía de A. Rosmini y la cuestión de la autonomía personal»: *Estudios Filosóficos* (1996) 75-126; e Id., «¿Autodeterminación o autonomía?»: *Proyecto* (1996) 51-73.